

LEER

Federico Álvarez Arregui, *in memoriam*

Federico Álvarez Arregui nació en San Sebastián, España, en 1927. Vivió su exilio como hijo de republicanos españoles en Cuba y en México. Fue director del Fondo de Cultura Económica de México en Madrid. Doctor en filosofía por la Universidad Nacional Autónoma de México y profesor de Teoría de la Literatura en esa misma universidad. Premio Universidad Nacional (Humanidades) 2003, de México; y Medalla por la Cultura Nacional 2006, de Cuba. Autor de los libros *La respuesta imposible. Eclecticismo, marxismo y transmodernidad* (México, Siglo XXI Editores, 2002); *Vaciar una Montaña: 134 glosas* (México, Editorial obranegra, 2009) y *Una vida. Infancia y Juventud* (Memorias Mexicanas, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 2013).

Federico fue miembro del Concepto Editorial de *Archipiélago* y gran animador de este proyecto cultural de Nuestra América. El 18 de mayo pasado, este querido amigo partió al lugar de la utopía. Mucho lo vamos a extrañar. En su memoria publicamos a continuación una de sus glosas, titulada precisamente *Leer*, que bien lo identifica. Y nos identifica. Una actividad que en *Archipiélago* consideramos fundamental para superar la enajenación consumista, mediática y tecnológica, que nos acosa. Leamos:

Hace un par de semanas, en el penúltimo número de *Arena*, aparecieron diversas listas con los cinco libros que veintiún intelectuales y escritores “salvaríamos antes del fin del mundo”. Confieso que la pregunta telefónica me tomó de sorpresa y que pedí unos días para pensarlo. Pero no lo pensé (es más, lo olvidé) y, cuando se repitió la llamada, no hice sino enumerar cinco de mis libros preferidos: el *Quijote*, *La guerra y la paz*, *La cartuja de Parma*, *La montaña mágica* y una antología de poesía contemporánea en nuestra lengua. Algunos encuestados se pasaron de listos y enumeraron siete títulos. En mi caso, yo hubiera añadido *La condición humana*, de Malraux, *Los Maias* de Eça de Queiroz, y las obras de Martí; y, si hubiera de seguir, Proust y... *Juan Cristóbal*.

Da gusto nombrar los libros que uno ama.

Hay otros libros que necesitamos, que usamos, que acaban siendo indispensables. Libros de ensayos, de filosofía, de política, de teoría (ninguno de los encuestados eligió a Kant, a Darwin, a Marx, a Nietzsche; nadie mencionó *El Estado y la Revolución*), en los cuales hemos estudiado y aprendido lo poco que sabemos. Pero hay otros libros que, por ocurrencias o sucesos casuales, amamos. Amo *Juan Cristóbal*, de Romain Rolland. ¿Cómo no amar aquel libro de mis diecisiete años habaneros que me recomendó una inolvidable amiga y que me convirtió en otra persona? Lo mismo me sucedió, pocos años después, con *La guerra y la paz*; siempre he dicho que uno es de una manera antes de leer *La guerra y la paz* y de otra después de leerla. Cuando me invade la amargura, la desazón, el escepticismo, abro *Juan Cristóbal* por cualquier página y enseguida encuentro sosiego y templanza. Y lo mismo me ocurre con *La montaña mágica*, leída también en mi adolescencia cubana, en la sierra de Escambray, confundido con Hans Castorp. Uno encuentra en esos libros una fabulosa capacidad terapéutica contra la depresión y las circunstancias (aquellas que, según Ortega, teníamos que salvar para salvarnos a nosotros mismos). Tan sólo el tocarlos produce una extraña satisfacción que —cada quien con los suyos— todos conocemos. Y entonces me pregunto, con cierta ansiedad: ¿y los que no leen? ¿cómo vivir ignorando el universo infinitamente maravilloso de los libros? ¿para quiénes se hacen esos cientos de espectáculos, esos miles de revistas ilustradas, esos millones de programas televisivos? Para los que no leen. *Homo lectis / homo videns*. ¿Se ama una telenovela como se ama *La cartuja de Parma*? Imposible. Se ama a esos libros como se ama a las personas. Y viceversa: se ama a las personas como se ama a los libros, construyendo, ladrillo a ladrillo, una felicidad intensa y extraña que conoce muy bien sus carencias. “Quien trae (con) ciencia trae dolor”, dice más o menos el Eclesiastés. De ese dolor dichoso están hechos los hombres y las mujeres que leen.

Ciudad de México, 31 de agosto de 1999

CVPR / octubre 2018